

La epopeya de la clausura

Del Diario de Charles Du Bos

Christopher Domínguez Michael

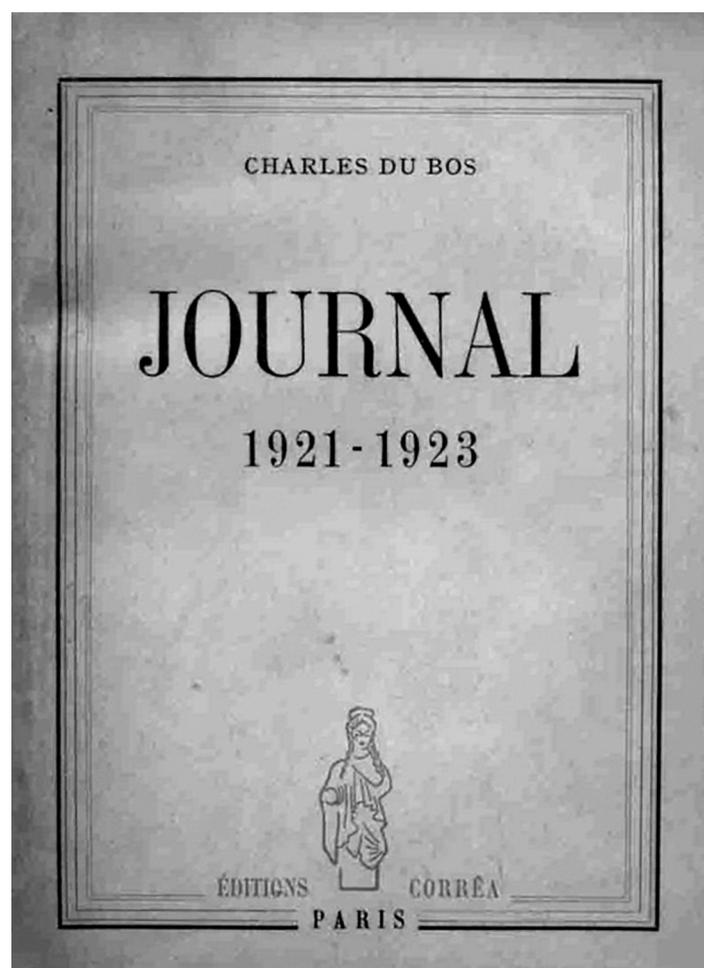
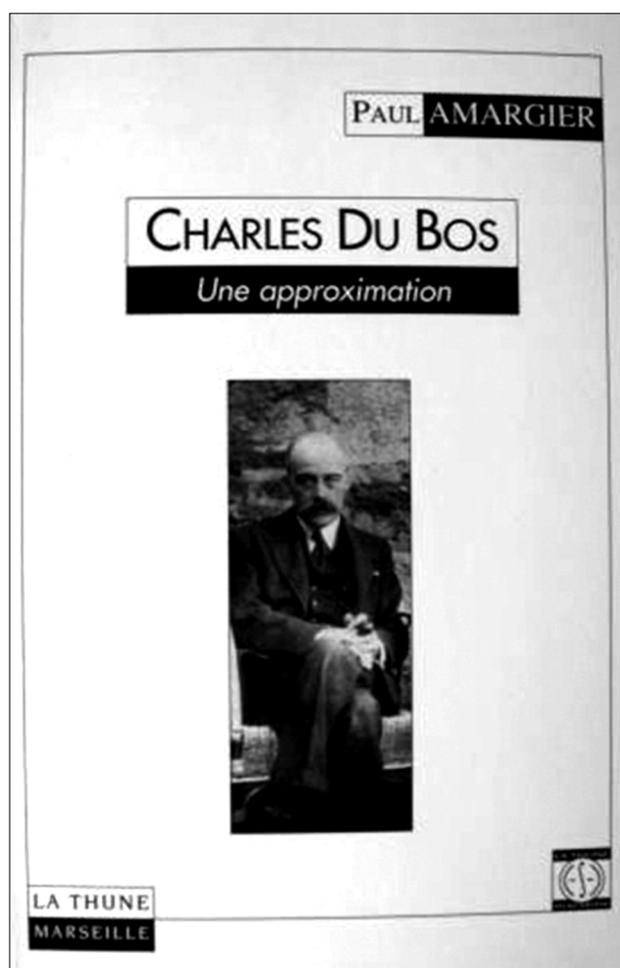
Charles Du Bos (1882-1939), de temple monástico, converso al catolicismo aunque en verdad agnóstico, fue un crítico literario infatigable en las páginas de la *Nouvelle Revue Française* (NRF). Asistente asiduo a las conferencias de la Abadía de Pontigny, que reunieron el período de entreguerras a un insólito grupo de escritores, es el autor de un *Diario* más espiritual que íntimo y orbitó cerca de Gide, ese hombre público tan peligrosamente privado, quien miraba a su amigo Charlie como un planeta lúcido y distante. Las *Aproximaciones*, de Du Bos, suma de su obra ensayística, fueron reeditadas hace años en Francia por Éditions Des

Syrtes, sin que, por desgracia, alcanzaran la fama y fortuna merecidas. En ese tomo aparecen las sombras que acompañaban la soledad de Du Bos: Walter Pater, Hugo Von Hoffmannsthal, Benjamin Constant así como músicos como Ernest Chausson. En 1944, el narrador y crítico argentino Eduardo Mallea editó y prologó, en la colección Grandes Ensayistas de Emecé, los *Extractos de un diario. 1908-1928*, de Du Bos. Reproduzco algunos fragmentos de esa edición argentina, en la traducción de León Ostrov.

A ver si alguien recoge el mensaje enviado, a la manera del naufrago, por Du Bos.

* Es la primera vez que abordo verdaderamente a Stendhal. Hasta hoy me lo impidió una desconfianza difícil de definir. Quizá el fastidio de oír citar siempre de él las mismas palabras. Quizá, también, el temor de que un hombre *tan moderno* me parezca un poco anticuado por los temas hacia los cuales tiende su curiosidad.

* Toda frase que no agrega nada a la precedente (o, más sutilmente, que agrega sólo en uno de sus miembros) es una usurpación legítima de la voluntad a la inteligencia; a este respecto, habría que escrutar muy de cerca la noción de *desarrollo* y de *pará-*



grafa; comprobaríamos que el punto de vista psicológico y el punto de vista estético se oponen incesantemente.

* Un Chateaubriand, un Barrès son completamente grandes en los momentos en que su estilo los eleva a una altura en la cual su persona, abandonada a sí misma, no puede mantenerse, y a la cual ni siquiera podría alcanzar.

* Schumann es único: nadie suma tanta pureza a tanta pasión. Su canto es un arabesco de la imaginación.

* Una ascensión poderosa, tal es la sensación que recibimos desde el comienzo: el término poderío conviene mucho más a Proust que el de fuerza; leyéndolo comprendo por primera vez la diferencia exacta y casi inanalizable entre ambos. Diríase que en la larga curva sinuosa que traza su pensamiento, hay como la recompensa de una última frase que trae la sensación a la superficie. Sobre ésta frase juega la sonrisa de una luz moderada.

* No tengo conmigo, en este momento, el *Diario* de Vigny, pero recuerdo que dice esto o algo parecido: “Sólo puedo leer los libros que me hacen trabajar. Me gusta tra-

bajar”. El gran peligro, para mí, es que todos los libros hacen trabajar a mi espíritu, y los malos no menos que los buenos. Durante las primeras cien páginas es un perpetuo fermentar, y enseguida surge el dilema: o bien tomo notas, y entonces es un trabajo indefinido que retrasa la lectura, o bien no las tomo, y entonces el peso de las notas que no he tomado pesa sobre mi lectura, se agrega al libro como un remordimiento y me incita, sin que me dé claramente cuenta de ello, a abandonarlo por otro.

* ...el único servicio que pido a mis escritores favoritos es el de nombrarme con precisión mi mal.

* Un Bach necesita tan poco de nosotros —esto es, de la atención que podríamos prestarle— que sus obras nos dan la sensación, cuando las oímos, de haberse ejecutado indefinidamente durante el intervalo transcurrido desde que las oímos, y de continuar ejecutándose siempre, indefinidamente.

* (y en el fondo cuánto agradezco a mis amigos que me ahorren el aburrirlos aburriéndome a mí mismo).

* Recuerdo que un atardecer —debió de ser en 1906—, releyendo a Keats, me decía con

gran humildad y con apasionada admiración: nada vale tanto como el don de la imagen, como la facultad de pensar mediante imágenes. Hoy, me parece, sufro por causa de esa frase imprudente. Sí, la imagen es la carne misma del verbo de un gran poeta, pero en la obra de un prosista es el pensamiento el que debe sostener la tela; los objetos que en ella se representan son los múltiples aspectos de ese mismo pensamiento, y el papel de la imagen se limita aquí a establecer una exacta jerarquía entre los objetos mediante la sabia impartición de la luz. Sin duda, el prosista es tanto más grande cuando más se confunde la luz con el objeto mismo. Su ideal debe consistir en escribir de la misma manera en que pinta Vermeer. En el cuadro de un Vermeer la luz no es la sustancia del cuadro, pero no hay fragmento del lienzo sobre el cual no influya. ¿No decía Sainte-Beuve de Montesquieu: “En Montesquieu, a veces, la expresión se dora en su ápice”? Pero a veces y en su ápice. Cuando trato de escribir, la imagen forma demasiado la propia sustancia de mi estilo; y como lo que hay bajo la imagen es un pensamiento —un pensamiento que no ha sido previamente enunciado, y que la imagen está precisamente encargada de traducir—, resulta para el espíritu una mezcla de lo abstracto y de lo concreto, contra lo cual Z. con razón, me pone en guardia. En realidad, el gran prosista se sirve menos de la imagen que de la metáfora: dirigida sobre el pensamiento, la imagen hace el oficio de proyector que ilumina el cuadro, pero el cuadro ya existía. La imagen tiende a absorber el pensamiento y a fundirse con él en un cuerpo luminoso; aparecida en el cielo de la inteligencia después del pensamiento, la metáfora se posa sobre el pensamiento y lo corona.

* Hombres y mujeres, los ingleses son a la vez tan convencionales como individuales, individuales, según parece, en la medida en que dan importancia a lo convencional. Único pueblo en el cual los seres tienen la materia, la semilla, la inconsciente belleza de las flores, de las plantas o de los animales, y en el cual —física y moralmente— la infancia subsiste a veces hasta el fin. Pero sobre este punto podría ser inagotable: más vale que me detenga. **u**

